

Entonces apareció un gran número de obras filosóficas é históricas acerca del Estado. Italia figura en primera fila con Bartolomé Cavalcanti, Vida, Segui, Paruta, Francisco Sansovino y otros que fueron eclipsados por los célebres nombres de Maquiavelo y Guicciardini. Otros pueblos la imitaron, especialmente los franceses con Bodin y la Boetia; con Louguet y Hotman siguieron derroteros que les llevaron pronto á la realidad amenazando serios desórdenes.

Pero tan grande era la falta de libertad, que aun los artificios científicos parecieron á menudo demasiado peligrosos, y nació una especie nueva de obras que sólo podemos designar con el nombre de *novelas políticas*; su considerable número ⁽¹⁾ demuestra cuan mal había de encontrarse el hombre en aquel estado.

Una de las primeras obras de ese género es la *Utopia* de Tomás Moro, libro del que no es fácil hacer un juicio exacto; no es un libro serio ni tampoco una sátira; se parece un poco al libro tan conocido de Bellamy. Contiene excelentes críticas del mundo y varias proposiciones notables; pero al mismo tiempo tantas necedades, tantas especies repulsivas, que vale más hacer ciertas reservas á esta apreciación y esperar que nuevas investigaciones den la clave de la obra. Lo que hay curioso para nosotros es el hecho de que, en la *Utopia*, Bacón vuelve á relacionar la pretendida felicidad con el principio de los antiguos estoicos conforme al cual se debe vivir según la naturaleza. ⁽²⁾

Evidentemente, sin darse cuenta de ello, el ilustre autor abrió así esclusas que no habían de cerrarse ya. Sin duda causaron fastidio al mundo aquellas situaciones fingidas, pero el estado natural con que se relacionan le cau-

(1) Kleinwächter, *Die Staatsromane*, 1891. *Schlaraffia politica, Geschichte der Dichtungen vom besten Staate*, 1892. Rob. Mohl, *Gesch. und Literatur der Staatswissenschaften*, I, 171, 211. Stein, *Socialismus und Communismus* (2), 218 y sig. Vering, *Literar. Handweiser*, n.º 229 (1878), Sp. 334-242. Rossbach, *Gesch. der Gesellschaft*, VII, 30, 36 y sig., 50. Schönberg, *Handbuch der polit. Economie*, (3) I, 116 y sig. Meyer, *Conversationslexikon, Jahres Supplement* 1892. S. 861-868.

(2) Morus, *Utopia* (lib. 2).

tivó de tal manera, que no pudo eximirse del encanto que habían esparcido en él; se hicieron cambios, el teatro en que los hombres de naturaleza buscaron su felicidad varió sin cesar, pero el germen es siempre el mismo. Si Moro puso en América, descubierta por entonces, su estado de naturaleza, Comanella le puso en el sol; con el mismo fin Bacón hizo surgir del fondo del mar el país de la edad de oro que ya conocemos, la Atlántida; y en una obra que llamó en Inglaterra mucho la atención, Harrington nos conduce á una isla desconocida del Océano Pacífico; Allais inventa en Australia un pueblo feliz de hombres de naturaleza, los Severambes; Berington inventa uno en África; Fontanelle descubre otro en los mares del Japón. Terrason dice que estos hombres de naturaleza, llenos de virtud y de felicidad, existían en Egipto mucho tiempo antes de la guerra de Troya. El barón de Holberg, creador de la moderna literatura dinamarquesa, en los viajes de Niels Klimm, va á buscar los infiernos, para poder más fácilmente burlarse de todas las instituciones políticas y religiosas. ⁽¹⁾ Durante sus forzados ocios, el rey Estanislao Leczincki aprovecha las observaciones que hizo en las dietas polacas acerca de las costumbres del estado de naturaleza, para llevar al mundo con el deseo de gozar una situación tan purificada como fuese posible por la religión y la organización política, situación que se ofrece á mostrarnos en la isla de Dimocala. Y si todo esto, tiempos primitivos, pueblos imaginarios y reinos de sombras no bastara aún para hacernos creer en la felicidad de un estado natural, un anónimo que se llama Luís Sebastián Mercier, afirma que, gracias á continuas revoluciones, los franceses por lo menos harán progresos tales, que en el año 2440 serán perfectos hombres de naturaleza, y por consiguiente, prototipos de la perfección moral y de la más completa felicidad.

Para terminar con una nota alegre, los comunistas mismos se han apoderado del estado natural, habiéndoles si-

(1) Horn, *Gesch. der Liter. des Skandinav. Nordens*, 174.

do tanto más fácil, cuanto que Moro y Harrington lo habían demostrado ya en tal manera, que nada tenía que añadir ni aun el socialismo más radical. Cabet no hizo casi más que repetir á la letra lo que esa literatura ha expresado tan frecuentemente desde Moro hasta la Revolución; solo que los modernos admiradores de la naturaleza al modo de Cabet se han hecho de repente partidarios sospechosos. Se imaginan que sus miras respecto al estado natural se hallan tan próximas al triunfo, que consideran ya como un hecho consumado su erección en leyes generales; por eso no presentan sus esperanzas y sus deseos como simples exigencias de la naturaleza, sino que las proclaman como verdaderas leyes. La ley, en efecto, fijará cuando y durante cuanto tiempo los hombres y las mujeres emplearán en el tocador disponiendo su adorno; la ley suministrará al efecto las pastas dentrificas y los perfumes necesarios. La ley dispondrá qué legumbres deben consumirse, dictará disposiciones para preservar de las pecas, del cólera, de la viruela; procurará á cada cual los fiambres que necesite, los muebles para las habitaciones, y hasta el carruaje para la representación de gala en la Ópera. ¡Es un singular estado natural!

Por el contrario, no habrá pecados en ese pueblo de naturaleza, porque no habrá necesidades; será desconocida la pobreza; serán educados con la mayor distinción los barrenderos de las calles, si es que existen en una sociedad que apenas se conocerá el nombre de lodo. Las únicas pasiones á que estarán sujetos aquellos hombres serán la virtud y la castidad; serán modelos de todas las virtudes; serán felices hasta producir envidia, y lo notable es que lo serán sin que para ello tengan necesidad de un auxilio divino sobrenatural, ni de serios esfuerzos unidos á la renunciación personal, de que el Cristianismo quiere hacer depender nuestra perfección y nuestra felicidad; lo serán por naturaleza, la cual, por excepción y por muy buenas razones, sólo se llama ley aquí.

Parecen burla estas descripciones, y, sin embargo, son

tomadas en serio, á lo menos en el sentido de aspiraciones y deseos; por eso no podemos decir que sean exageradas las palabras que Shakespeare pone en boca de Gonzalo, y están en el fondo de muchos corazones. Querría gobernar mi república conforme á principios opuestos á los que rigen en todas partes. Por de pronto no admitiría ninguna clase de comercio; no se conocerían el nombre de magistrado, los procesos ni la escritura, ni pobreza, ni riqueza, ni amos, ni criados. No habría contratos, ni límites y particiones de campos; ni viñas, ni terrenos baldíos; nada de esto. No admitiría dinero, ni aceite, ni trigo, ni vino. Nadie trabajaría; todos estarían ociosos, tanto los hombres como las mujeres; estas serían virtuosas y castas. Estaría proscripta toda soberanía; los bienes serían comunes, tales como la naturaleza los dió al hombre, sin trabajo de ninguna clase. No se verían traiciones, ni felonias; desterraría las espadas, picas, mosquetes, y demás instrumentos de guerra. Por sí misma, de su propia liberalidad, produciría la tierra de todo en abundancia para alimentar á un pueblo inocente. ¡Querría regir mi estado en una perfección tal, que eclipsara la edad de oro!

7. Los idilios y las églogas, testimonios contra el estado de naturaleza.—La humanidad no tiene deseo de burlarse en sus investigaciones acerca del estado natural; nos lo prueba otra rama de la literatura, muy antigua, y mucho más popular y extendida que la examinada anteriormente. Los Griegos y los Romanos la llaman ordinariamente poesía bucólica; pero encontrando trivial esta denominación é impropia para despertar ideas elevadas respecto al estado y civilización del hombre natural, se escogió la expresión más elegante de idilio.

¿Qué es un idilio? Dejemos la palabra á Schiller.

Por la palabra idilio se entiende, dice, la humanidad inocente y feliz; el estado de inocencia no es otra cosa que la armonía y la paz consigo mismo y con el exterior. Como la inocencia y la felicidad pareciesen incompatibles con las

(1) Shakespeare, *La Tempête*, II, 1.

relaciones artificiales de la sociedad y con cierto grado de cultura y de elegancia, los poetas pusieron la escena de los idilios entre los pastores, y esto antes de que empezase la civilización. No sólo ese estado es anterior á la civilización, sino que ésta lo mira como su último fin, en el supuesto de que persiga un fin determinado. La idea de aquel estado y la creencia en la posibilidad de realizarlo es lo único que puede reconciliar al hombre con todos los males á que está sujeto en el curso de la civilización; ⁽¹⁾ la poesía idílica se encuentra, pues, en necesaria lucha con ésta; sólo puede inspirarnos el triste sentimiento de la decadencia y no el sentimiento gozoso de la esperanza; puede curar el corazón enfermo, pero no alimentar el corazón sano. Tales son las palabras de Schiller. ⁽²⁾

Sería de desear que tuviese razón el poeta cuando dice que esta poesía puede á lo menos curar el corazón enfermo, pero precisamente esto es para lo que menos sirve, porque es, por el contrario, la señal de un corazón muy enfermo. Hemos dicho ya que debe considerarse esta rama de la literatura como soberanamente funesta; podríamos decir que muy pocas rivalizan con ella en fuerza de seducción. Apenas hay género de literatura tan hipócrita como el idilio, y que predique abiertamente como él todo linaje de vicios. Desde que apareció este género de poesía, es usual emplearle como depósito de errores morales, y pasó esto á ser regla hasta el punto de que las más perversas producciones de la poesía se sirven perfectamente del idilio. Hay más bribones que gente honrada entre los pastores, pensaba Sancho Panza, cuando su amo, después del fracaso de sus aventuras, formaba el proyecto de comprar algunos carneros para consagrar á las dulzuras de la vida pastoril el resto de su vida. ⁽³⁾ Y había juzgado perfectamente. Lo que un hombre honrado y un poeta no osarían

(1) Schiller, *Naive und sentimentale Dichtung* (Stuttgart, 1836), XII, 277 y sig.

(2) *Ibid.*, 280.

(3) Cervantes, *Don Quijote*, 2, 67.

decir jamás, lo aceptaba sin saberlo la buena sociedad cuando se ponía en boca estos hijos de la pura naturaleza, estos pastores y pastoras cubiertos del ligero vestido de la inocencia, pues se cree generalmente que el hombre de la naturaleza tiene el privilegio de poder permitirse todo pecado, y especialmente toda libertad sensual, sin que haya pecado en ello. Para él, no hay mas que la naturaleza pura é inocente; lo que constituye el pecado en esta naturaleza es únicamente una falsa idea que proceda del Cristianismo ó de la Revelación. El atractivo del idilio consiste precisamente en que parte, si no siempre de una manera expresa, á lo menos implícitamente, de que la sensualidad y el amor libre son un sagrado privilegio de la naturaleza, y que es una grosera usurpación de los derechos naturales del hombre protestar contra ella.

La poesía idílica de los indos ofrece ya este punto de vista y lo hace con una superioridad incomparable; no sin motivo, pues, prodigan alabanzas los modernos y recomiendan como un medio de cultura. Las obras de la literatura moderna resultan vulgares, si se las compara á la poesía erotica de los indos, llena de fina y artística sensualidad; por eso difícilmente creemos en la imparcialidad de la alta pedagogía popular, cuando pretende que la civilización general exige que se aprenda á conocer esas joyas de la literatura universal. Verdad es que muchas poesías indias tienen gran valor desde el punto de vista político, pero casi siempre están penetradas de una llama de voluptuosidad tan fina, tan velada, y por esta razón tan atractiva, que son más dañosas que las más groseras producciones de la poesía occidental. La Sakuntala es aun tolerable, pero otras poesías como Vowasi prueban suficientemente los abusos de que es capaz el idilio, y aun podrían citarse obras tan sensuales que constituyen un peligro cierto para los lectores.

Los idilios griegos, especialmente los de Teócrito, respiran el mismo espíritu, aunque afortunadamente tienen menos arte de seducción; aquellos guardadores de carne-

ros y de cabras, con sus manos negras de suciedad, esparciendo un olor que sólo se encuentra en gentes de su condición, ⁽¹⁾ siguen, no obstante, las inspiraciones de un corazón degradado con un refinamiento y una elegancia tan afectados como si hubieran aprendido en Corinto, Atenas ó Siracusa. Solamente, en el poeta de la última ciudad, tienen la ventaja de ofrecer á la admiración, como naturaleza pura é inocente, lo que en aquellas poblaciones se hubiese acogido como frutos de una naturaleza corrompida. Se hacen pasar por seres tan inofensivos, que el torpe cíclope Polifemo no resiste á la tentación de participar de un modo elefantesco en las diversiones y prácticas de virtud de estos refinados hombres de naturaleza. ⁽²⁾

En Roma, los últimos tiempos de la decadencia moral y política conocieron también esta poesía á la moda; pero los romanos tenían escasa aptitud para ella; necesitaban alimentos más groseros, y por eso no floreció nunca el idilio en la ciudad de los Césares. Sólo en el momento de la desaparición del Helenismo inauguró Longus un nuevo género pastoril, la novela, que en lo sucesivo tuvo muchos imitadores.

Apenas levantó la cabeza el Humanismo, cuando el idilio produjo inmediatamente retoños, pero en más delicada forma. ¿Por qué la poesía bucólica primitiva se convirtió en idilio? No queremos profundizar aquí la cuestión, por más que se presta á curiosas observaciones psicológicas é históricas. Hay que llamar, sin embargo, la atención sobre la diferencia que existe entre el idilio antiguo y el moderno; es sin duda una señal de debilidad del último. Nuestros antepasados no vacilaban en hacer mozos de cuadra á los pastores de Belen, ⁽³⁾ lo que caracteriza á la época en que vivían; pero es signo propio de nuestro tiempo, y no ciertamente testimonio de virilidad, el que en el idilio moderno los hombres mismos jugueteen con botones de oro, con

(1) Teócrit., *Id.*, XX, 9 y sig.

(2) *Ibid.*, XI, 11.

(3) Heliand, 388 (Rückert).

corderitos blancos como la nieve, y arrullan como palomas.

Á Bocaccio corresponde la gloria de haber abierto camino á este género de literatura, si acaso es una gloria haber sido el primero en reanimar una poesía tan vana y equívoca. Verdad es que la poesía provenzal había cultivado ya este género en la Edad Media; pero afortunadamente no se le había imitado mucho. Hubo un cambio completo cuando el Humanismo italiano se ocupó en poesía pastoril; á partir de la *Arcadia* de Sannazaro, de la *Aminta* de Taso, y especialmente desde los *Fieles pastores* de Guarini pareció que los pueblos no conociesen mayor atractivo que el ejercido por la monotonía insípida de estas producciones bucólicas.

Desde Italia se esparció el idilio por todos los pueblos modernos especialmente entre los españoles que, á su vez, por la *Diana enamorada* de Montemayor, ejercieron una influencia considerable en otros países. La misma Inglaterra no se vió libre de aquel entusiasmo é hizo de Sidney y de Spencer sus representantes en este género de hueca poesía; pero en ninguna parte ocupó más los espíritus que en Alemania y Francia.

La indecible miseria moral y política con que la pobre Alemania había de expiar el gran desconcierto religioso de que fué teatro, permite comprender fácilmente cómo esta poesía pudo encontrar allí un terreno fértil. Aquellos siglos de profunda decadencia son también la edad de oro de las producciones pastoriles alemanas. Academias de pastores, órdenes de pastores, sociedades de pastores, dramas de pastores, óperas de pastores, poesías de pastores, costumbres de pastores, bodas de pastores, predicaciones de pastores, música de pastores, fiestas de pastores; he ahí la vida de los siglos XVII y XVIII, he ahí el consuelo que hace olvidar los males de la patria, he ahí el embriagador y dulce licor con que se adormecían en el vacío del pensamiento y en los apetitos libidinosos.

Para apreciar todo lo que había de malsano en aquella

tendencia, no tenemos más que compararla con las producciones pastoriles españolas ó con las leyendas de la Edad Media. Aquéllas son generalmente naturales, verídicas y exentas de los defectos que se encuentran en esta literatura: Ticknor cree que la causa es que tienen los españoles un carácter más verdaderamente pastoril que otros pueblos. ⁽¹⁾ Sin embargo, Cervantes, Calderón, Jiménez de Cisneros, el Duque de Alba y Felipe II son fieles representantes de la naturaleza española, y sería ciertamente difícil decir qué hay de pastoril en ellos. ¡No! en otra parte hay que buscar la causa; en tanto que fueron católicos, conservaron los españoles acertadas opiniones respecto á la naturaleza. Allí donde se rechaza la doctrina cristiana y se cree en el llamado estado natural, el idilio debe necesariamente ser tratado como fin y como fin personal; por el contrario, quien admite una perfección pasada de más elevación que ese estado de naturaleza inventado, puede servirse de esta poesía natural como pasatiempo, pero no se abismará en ella con todo su espíritu y todos sus sentimientos.

Por eso la poesía pastoril ofrece al historiador de la civilización y á los teólogos un medio importante para estudiar el espíritu de una época. Cuando una generación cree en lo sobrenatural y considera á la naturaleza como caída, entonces está preservada del peligro de desaparecer en ésta, y eso contribuye á hacerla permanecer natural; cuando no conoce más que la naturaleza, entonces le pertenece sin reserva, y suministra pronto la mejor prueba de que está corrompida. Como el niño de la Edad Media, el español escogió el primero; como en las fábulas animales de la Edad Media, el humor alegre con que se critica sus propios ensueños y se hace volver el espíritu á la realidad, se encuentra por todas partes en la poesía española. Sirva de ejemplo el guardador de patos Pimocho, que á orilla del agua exhala suspiros de amor; súbitamente los patos, no viéndose vigilados, huyen, y el

(1) Ticknor, *Gesch. der deutschen Dichtung*, (4) III, 286.

enamorado mancebo que nota el descuido, termina su estrofa con estas palabras: Oh cielo, mis patos se marchan, ven en mi auxilio. Otro loco, desea que á una pastora desdénosa le ennegrezcan el cutis los rayos del sol; pero ella se burla, no teme el daño; porque acaba de cantar que el sol confuso ante su belleza, debía esconderse entre nubes. ⁽¹⁾

Por desgracia, el pueblo alemán no fué capaz de esta jovialidad de buena ley cuando hubo perdido el espíritu de fe. Según los españoles, la edad de oro de la poesía pastoril fué cuando el asno y el ruiseñor rivalizaban en sus cantos; según las ideas de los pastores alemanes, fué cuando Adán y Eva apacentaban todos los animales de la tierra. Estos primeros pastores, se contaba entonces, tenían una vida libre y ociosa; no necesitaban ocuparse en su alimentación; podían tenderse á la fresca sombra de los árboles y escuchar los sonidos de las arpas eolias y jónicas. Esta edad de oro apareció de nuevo en tiempo de los pastores de Pegnitz y de los matadores de gusanos de Nuremberg y de Silesia. Las producciones pastoriles en prosa podrían ya hacer entrar en dulce furor á un hombre sano, testigos sus títulos, la *Rosamunda del Adriático*, *Los poéticos bosques de rosas*, *El memorable mes del vino de Chariklyti*; pero el hombre menos impresionable acaba por perder el oído y la inteligencia cuando oye todos esos órganos, todas esas arpas, todas esas flautas de Pan, todas esas zampoñas al son de las que los Daphnis, los Damon, los Filis y los Filidor se esfuerzan en imitar ranas, cuclillos, y arroyos con gorjeos, murmurios, castañeteos, palmoteos, chillidos y graznidos. Casi se desespera de la humanidad al pensar que durante siglos pudo buscar curación á sus dolencias en semejantes tonterías, aturdir la voz de la razón y de la conciencia con tales algazaras, y olvidar completamente á Dios, la fe y la felicidad. Verdaderamente es necesario que haya desesperado de sí misma, sin lo cual no hubiera podido presentar así al espíritu, como por encantamiento,

(1) Gervinus, *Gesch. der deutschen Dichtung*, (4) III, 286.